

VI Congreso Interoceánico de Estudios Latinoamericanos

Simposio 1: Revisiones críticas de la modernidad

Sujetxs: entre condiciones materiales y religiosas desde Casas

Carla Prado¹

Teniendo en cuenta que este espacio se abre en función de cuestionarnos acerca de los lazos que tendemos con la modernidad, y entendiendo que lo hacemos desde cierta situación particular, que en este caso nos convoca como latinoamericanxs, la propuesta de este trabajo es recuperar e intervenir la lectura sobre Marx de Manuel Gonzalo Casas.

Este autor, oriundo de la ciudad de Córdoba, fue profesor en esta misma casa de estudios que da lugar al congreso. Su archivo está siendo trabajado en el marco del proyecto: Filosofía y educación en Mendoza durante el siglo XX. Elementos para una historia de las ideas.

Siendo este un pensador cercano al tomismo, uno de los objetivos es indagar de qué forma se abordan las condiciones materiales de existencia de los sujetos en función de articular una relación entre materialidad y religiosidad, entendiendo esta no meramente como una cuestión 'cristiana' sino como horizonte trascendente a través del cual los sujetos se constituyen en su inmediatez. Esto nos llevará también a hilvanar nociones acerca de los límites de la racionalidad y la preponderancia del logocentrismo, en tanto lo religioso pareciera 'quedar de lado' pero sin dejar de ejercer cierta fuerza en el establecimiento de lo que 'nos es dado esperar'.

Todo ello, a su vez, sin dejar de ponerle la firma a nuestra interpretación del autor, trayéndolo a colación de construcciones que a nosotrxs mismxs nos están atravesando. Se tratará de un

¹ Universidad Nacional de Cuyo. Becaria EVC-CIN 2017. Correo electrónico: cocarlaspradoa@gmail.com

trabajo hermenéutico crítico, echando mano a herramientas del análisis discursivo, particularmente de su *Introducción a la Filosofía*, pero sin dejar de considerar sus obras literarias, que consideramos que también contienen relaciones filosóficas sumamente pertinentes, como es el caso de *El Laberinto*.

Palabras clave: Sujetxs; Manuel Gonzalo Casas; Marx; condiciones materiales; religiosidad.

Mirar hacia la modernidad es, en alguna medida, sentirse lo suficientemente lejos como para nombrarla pasada o, al menos, ajena. Cabe decir que es arduo el ejercicio que implica tratar de entenderla en sus términos, con tanta agua corrida por debajo del puente y, sin embargo, es fundamental explorar qué de ella mantiene aún su existencia a través del cauce temporal.

En su *Introducción a la Filosofía*, Manuel Gonzalo Casas realiza un recorrido a través de la historia filosófica, teniendo en cuenta una historiografía clásica con tintes temáticos que alcanzan para descascarar el proceso lineal. Nosotrxs, en perspectiva, quienes no sabemos del todo cómo llamar a nuestra propia época, miraremos a través de este anteojo, tratando de hacer una lectura de la situación moderna.

El sujeto, que hoy podemos escribir con x, fue en su momento una poderosa configuración que emergió y se hizo fuerte, al menos al comienzo, en su *cogito*. Una de las particularidades de esta *Introducción* es traer a colación a Descartes aunado a Husserl en una mención a la fenomenología: el precursor de la conciencia. Con la duda metódica inaugura una desconfianza al recorrido epistemológico medieval y establece un saber de sí como evidencia apodíctica: la *res cogitans*. Esta forma de ‘confirmar’ la existencia mantiene, sin embargo, un enclave que podríamos identificar cristiano: la rotunda distinción cuerpo y alma.

De esta manera, la incipiente modernidad comienza con un pie en su antecesora: aunque opositora del dogmatismo religioso, conserva en su despliegue la servidumbre a esta dicotomía. Si bien Casas no ignora la existencia de Spinoza en su unidad, lo menciona en este libro unas cinco veces al paso, definiéndolo solo como la ‘máxima

tensión del racionalismo' y la noción de modernidad pasa a jugarse en la categoría de 'subjetivismo religioso'.

Aquello que comienza separando al sujeto del mundo a través del solipsismo y que va a establecerse como conocimiento fenoménico en su veta kantiana, culmina en el espíritu absoluto de Hegel. Allí donde no hay más sistema, más idea de totalidad absoluta, no hay modernidad. Aquel sujeto que se pudo declararse a sí mismo 'conocedor' parece tener que arrodillarse ante aquello que le permite conocer lo 'otro de sí': aquello que le habilita sus mejores ideas, que se manifiestan a través de cada subjetividad posibilitada de pensarla para sí siendo, en el fondo, lo mismo.

El binomio sujeto-objeto se supera en una síntesis que, a pesar de su profundidad conceptual, no deja de parecer, en última instancia, un soplo. Y Casas, aunque no dedique un capítulo a Hegel, abre el espacio de su explicación en un capítulo titulado: "El marxismo".

Anunciándola como última lección, no tiene mejor manera de comenzarla que advirtiendo su carga de significaciones y esquemas de origen religioso, la cual le otorga su potencia mesiánica. La realidad, que para Hegel había sido un proceso dialéctico de negaciones cuyo fundamento era la idea, para Marx es la materia, que en el hombre concreto son sus necesidades.

Se expone allí una idea procesual de la historia en la cual estas necesidades se satisfacen a través del trabajo, como 'evolución' del estado de indigencia. El quiebre en este proceso homogéneo y autónomo a través del comercio y la propiedad privada genera que el *opus*, en tanto síntesis expropiada, enajene al hombre creador y, por ende, al trabajo. En este sentido, se establece históricamente un despliegue que supera la relación dueño-esclavo en pos del Estado feudal: señor y ciervo, hacia el Estado Burgués, de burguesía y proletariado. Cada una de estas formas de organización cura la enajenación particular, es decir, la supera, pero en última instancia es el socialismo el que va a curar la enajenación en cuanto tal: es aquí donde se da la transposición del supuesto orden ideal al material, aquella 'vuelta al estado de naturaleza' u originario.

Sin embargo, hay una pregunta en la cual, según el autor, cabe detenerse: ¿tiene sentido objetar el proceso de la historia de Marx? Si fuese fundamentalmente dialéctico sí, pero es fundamentalmente mesiánico. En esta nueva sensibilidad por los problemas sociales y la condición humana también se haya un registro religioso, casi como germen genético. Entonces, ¿cómo podemos pensar esto que pareciera que, pululando bajo diversos nombres y cooptado por la edad media como cristianismo, llega heredado incluso hasta el marxismo?

No sólo la modernidad pareciera querer librarse de esta 'pesada herencia', sino también el devenir contemporáneo. Aquella cesura con la metafísica en tanto límite que no podemos conocer (con Kant como epicentro, en quien pareciera que todo decanta y de lo que todo se emana) aquel temor metodológico de nombrar a dios como fundamento último, pero sólo por su nombre y no en tanto contenido categorial, ¿es abandonado alguna vez?

Casas, quien según entrevistas realizadas en el marco del proyecto, fue uno de los pocos que se animaba a dar en ese momento, cuando profesor de la Universidad Nacional de Cuyo, clases sobre Marx, rescata, llegando al final de este capítulo, una visión de la verdad ya no como *alétheia*, como corrimiento del velo, sino como acto, como praxis política. Sin embargo, aunque la religión sea aquí planteada como un escape ideológico junto con la idea de moral y de estado, ¿qué queda de su sentido etimológico, cuál es el sentido que aquí ocupa?

Una modernidad comenzada por el solipsismo, como decíamos más arriba, ¿qué punto de encuentro establece? Aquella o aquellas figuras que convocaron a la especie humana, no sólo en las narraciones cristianas sino en las de diversos pueblos originarios, ¿dónde quedan guardadas, más que en enciclopedias?

No preguntamos por un dios nunca olvidado por la tradición judeocristiana, utilizado muchas veces cual comodín cuando el cuestionamiento acorralla, sino en tanto *re-ligo*. El subjetivismo religioso que le reclama Casas a la modernidad parece tener la clave de no perder, en definitiva, un trasfondo inexplicable, un acto de fe, así sea la

mejora de la condiciones materiales a través de la lucha, de la abolición de los medios de producción capitalista.

Una filosofía que se esmeró por ser ciencia, una ciencia aparentemente despejada de estas incoherencias, de estos supuestos invisibles sin constatación empírica, ¿no guarda, en el fondo, la esperanza de una noción de verdad que nos involucre en un mundo? “Ascéticos” nos dirá Nietzsche más adelante, más cerca nuestro y, sin embargo, todavía indescifrable por completo. Sin embargo, sin necesidad de que sean pura ni a priori, cabe pensar qué nos posibilita la vuelta sobre la modernidad a la hora de pensar este espacio de encuentro, no necesariamente como institución de dioses sino más bien como rituales que utilizamos para mantenernos en contacto, no sólo como esperanza de futuro sino también como forma de llevar diariamente nuestra existencia.

Quizá no sea casual que, eventualmente, los cánticos de las marchas feministas nos revuelvan –a quienes lo tenemos- un recuerdo de misa y nos parezca, momentáneamente, una congregación de voces que, en este caso, no le hablan a ningún dios pero se unen en reivindicaciones colectivas.

La coaptación del sentido profundo del *religio* bajo determinadas formas institucionales, con determinados parámetros pre-establecidos de divinidad posible, puede empañarnos el lente a la hora de ver cómo aquel sujeto, hoy quizá sujete, no terminó, aunque hubiese querido, de estar solo en ese mundo del sí mismo, en su propia conciencia, en su propio lenguaje; no terminó nunca de aislarse en el laboratorio, ni a ser estrictamente experimental para sí, como tampoco se unió al todo plenamente, ni se consumó en vida (o muerte), ni pudo prescindir por completo del pan de cada día.

Esta *Introducción a la Filosofía*, que surge de la recopilación de las clases dictadas por Manuel Gonzalo Casas en la Universidad Nacional de Tucumán entre 1952 y 1953, publicada en 1954 por la prensa de dicha institución y cinco años más tarde por la Editorial Gredos, se cerraba con el marxismo. Sin embargo, no bastó con eso y en 1967 incorpora la filosofía del Yo-Tu.

Para esta “no se trata, nunca, de *salir* a probar la existencia de Dios. Dios aparece como el supuesto fundamental, desde el cual es posible toda partida, tan pronto analizamos los contenidos y las exigencias intrínsecas a la relación misma. La ‘religio’, el ‘religamiento’, como *conditio sine qua non*, resulta entonces un auténtico concomitante existencial, una realidad constitutiva que abre el horizonte de mi prospección y la ilumina desde su raíz.” (CASAS, 1967: p. 339) Sin aspirar a tanto, ni establecer ninguna condición sin la cual se pueda nada, es interesante pensar las instancia de ligamento como dispositivos, apoyando los pies en el ¿suelo? de nuestra época (como si lo hubiera), pero no en tanto meros dispositivos sino como construcciones históricas que vienen de la modernidad, si no de antes, y que siguen activos en nuestros actuales rituales de la praxis. ¿Qué nos deja en el fondo, en el subsuelo, en el sótano, o en el techo, la modernidad en cuanto a la necesidad de pertenencia última a un ‘algo’, así sea al club de los autoconscientes?

Bibliografía

CASAS, Manuel Gonzalo. *Introducción a la filosofía*. Madrid, Gredos, 1967.

HEGEL, Georg W. F. “La doctrina del concepto” [1816] en *La ciencia de la lógica*. vol. II. Madrid, Abada, 2015.

MARX, KARL. *Manuscritos de 1844. Economía, política y filosofía*. Buenos Aires, Cartago, 1984.

ROIG, Arturo. *Breve historia intelectual de Mendoza*. Mendoza, Ediciones del Terruño, 1966.